

## LA SOLTERONA

Por José Victoriano Betancourt.

Cuando el Criador, con un fiat símbolo de su omnipotencia, hizo el mundo, cuando completó esta gran obra, creando al hombre a su imagen y semejanza, la solterona, no existía en su soberana mente. La solterona, es pues una aberración, y como tal vamos a considerarla, guardando el respeto debido al santo hábito que viste, hábito que yo siempre beso con una devoción extremada.

¿Qué es la solterona? la mayor parte de mis lectores verán en ella una mujer que no se ha casado y nada más: ya se vé, no tienen ojos de privilegio como los míos, que a fé si los tuvieran, habian de hacerse cruces y entonar el fugite maledictæ Sâtanæ, apenas se encontrasen a presencia de una doncella talluda, pronunciada por virtud y gracia de su reverenda soltería, contra todo animal matrimoniado.

La solterona, lectores míos, es una individualidad del sexo femenino, arsenal de malos pensamientos, protesta de carne y hueso contra el multiplicaos del Criador, monja profesa en la regla de S. Aburrome, veedora perpétua de amantes, balija de chismes, archivo de falsos testimonios, tormento de sobrinos y vista del barrio. Mártir de sus deseos, es verdugo de todo prójimo casado y por casar, y vive muriendo que es el peor de los víveres.

No pertenece a ninguna de las cuatro reglas de aritmética social, porque ella, ni suma, ni resta, ni multiplica, ni parte (cuidado con ponerme pare por parte, señor cajista) así es

IP  
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

2

que jamás entra en combinación de ninguna especie: siempre devorada de envidia, siempre roñosa, teniendo que luchar con una sociedad monógama, se haría musulmana, solo porque ha oído decir que en Turquía existe la poligamia.

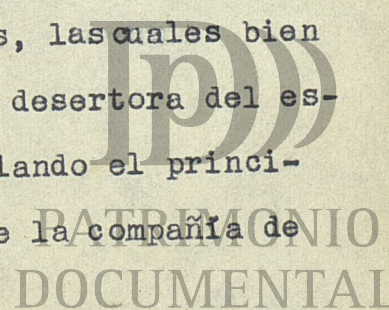
La solterona en una casa, es peor que un cernícalo; ella es la que acusa a los muchachos si se comen el dulce, y a las muchachas si conversan con el novio, ella la que atiza la discordia entre marido y mujer, ella la que espía al cocinero, y descubre los gatuperios de los demas criados, y ella es, por último, la cruz del hogar doméstico.

Los naturalistas, al menos que yo sepa, no han clasificado aun, esta entidad jamona y descontentadiza, que atraviesa la creación llevando a cuestras su estado honesto, sin sacar otro provecho de <sup>su</sup> jornada que el que le pongan despues de muerta entre las manos una palma real, simbólica figura de una virginidad que la tuvo en guerra abierta con el género humano. Aunque yo la he observado mucho, no he podido aun clasificarla: considerándola criandera nata de los sobrinos, podría colocársela en la familia de las abejas, en la cual hay cierto número de ellas, destinadas únicamente a la crianza de las larvas: también pudiera considerársele como pariente de las auras tiñosas, porque como estas, se halla en todos los lugares donde hay muerto, razon que motiva el terror pánico que asalta a los asistentes de un enfermo grave, cuando ven entrar a la solterona, pues está comparada a la extrema-unción; pero estas observaciones no bastan para <sup>una</sup> clasificación: además, ella acecha los amoríos del barrio, como el caiman a la jicotea: muda de color como el lagarto, roe la honra ajena como el ratón el

queso, su sombra hincha como la del Güao, su lengua es ponzoñosa como la cola del alacrán, y su mirada imprime terror como la de la serpiente: siendo todo esto, la solterona es inclasificable y solo se parece a sí misma.

Para conocer a fondo la solterona vamos a buscar un tipo y ponerle en escena. Doña Desesperada se nos presenta a pedir de boca; pero vosotros, mis queridos lectores, no la conoceis y es fuerza que yo os ponga en relaciones con ella.

Doña Desesperada, es una cuarentona y, y... (las y, y, en materia de edad, son casos reservados al sόlio pontificio; y solo en el libro parroquial de bautismos se halla su absoluci3n). Doña Desesperada est3 adem3s en el tercer per3odo del desarrollo adiposo, es decir, que se est3 acercando a la figura geom3trica llamada c3rculo. 4Qu3n al ver este c3rculo vestido de mujer, en una fiesta de familia, corriendo con un grupo de doncellas de quince a veinte, no se desmorece de risa? 4Qu3n al verla, hecha una ant3tesis, entre tantas j3venes delgadas como un g3in, a3reas como s3lfides, dando saltos como pulga, o trompo que escarabajea, no d3 gracias a Dios, de no haberla hecho solterona? pero a Doña Desesperada no se le ocurre que puede ser el blanco de sarc3stica censura, antes se le figura a la bendita, que aquellos salticos y carreritas, aquellos secretos y risitas maliciosas, le pegan a sus cuarenta octubres, y no sabe que se est3 saliendo del grupo, y dando que decir a las de su gremio, casadas o viudas, las cuales bien por envidia o caridad consider3ndola como una desertora del escuadr3n cuarentuno: mas Doña Desesperada, violando el principio de cada oveja con su pareja, busca siempre la compa3a de



las niñas, para niñar con ellas.

A cierto bautizo que se celebró en esta ciudad, asistí como convidado, y al entrar en la sala, lo primero que se presentó a mi vista fué la atortugada caricatura de Doña Desesperada, que estaba haciendo la serpiente con un prójimo, a quien ella creía fácil de echarle la zarpa para marido: bailábanle los ojos de alegría, porque se imaginaba ya próxima a salir del presidio, de su estado honesto; pero las había con un veterano aguerrido en lides amorosas, que por cada entrada tenía diez salidas, y habiendo conocido del pié que cojeaba, quiso divertirse un poco a su costa: el diálogo era interesante; he ahí la muestra.

-¿Pero que tanto abomina V. el matrimonio? decía don Crisóstomo.

-¿Aborrecerle? no, pero me hallo muy bien así tranquila y no pierdo tiempo todavía...

- Siempre se pierde tiempo, cuando podemos hacer la felicidad de alguno y nos negamos a ello.

- Yo temo mucho, D. Crisóstomo, la falacia de los hombres, ustedes son muy falsísimos, hojas de caimito, hoy quieren y mañana no, y para no pasar por esa prueba, mejor es hacer lo que hago; gozo del mundo, libre de quebraderos de cabeza, y no me esclavizo para ser infeliz; con mis dineros a rédito vivo muy sosegada (esto de los dineros a rédito era carnada).

- ¡Oh! Desesperada hermosa, eso es mucha injusticia! ser tan bella, tan seductora, embelesar con esas formas de sílfide (ella al oír esta calumnia a su talle, se hizo la ruborizada y se tapó la cara de lunallena con el abanico. ¡Oh pudor cuarentuno!) abjurar del amor, bajo el falso pretexto de que los

✓

hombres son malos, es hasta pecado mortal: V. puede hacer feliz a mas de uno que yo conozco... y comete un amanticidio...

- Qué chancero está V., D. Crisóstomo, sin duda quiere V. burlarse de mi inexperiencia (estaba mas experimentada que remedio casero) y divertirse conmigo...

- Divertirme con V., señorita, ni por pienso; eso es calumniarme... en fin, yo... yo la amo a V. con una... ni sé lo que me digo, no tengo palabras para expresarlo que siento en este instante...

Este era el momento crítico, Doña Desesperada estaba en visperas de pasar a ser Doña Esperanzas, gozábese ya en su triunfo, más, quería aparentar, duda, indiferencia y que se yo cuantas cosas mas que tan bien saben fingir las mujeres - ¡Oh Goya, Goya, si hubieras podido verla, y la pintas con tu brocha creadora, te haces doblemente inmortal! D. Crisóstomo, sentado en el borde de la silla, el pié derecho encogido, el izquierdo mas extendido, el cuerpo algo inclinado hacia la doncellona, la mano derecha sobre el corazón, la otra lista para cualquier evolución, los ojos fijos en la serpentígena faz de la requerida, con amorosísimo acento exclamó: por piedad, angel mio, una palabra, una palabra, de perdón y de amor, y diciendo esto, hizo ademán como de afinojarse ante los seis quintales de soltería vestidos de tarlatana que tenía delante; ella haciéndose toda la atortolada, creyendo que aquello era de veras, exclamó con ronca y congojosa voz. Por Dios, D. Crisóstomo, no se arrodille V. que va a ponerme en berlina.

- ¿En berlina? no, en coche te pondré, pero una palabra de consuelo, o me hincó...

6

- ¡Ay Jesús, qué compromiso! ¡me va a dar un desmayo! yo le contestaré... así tan pronto, ¡Dios mio! no puedo...

- El sí, el sí, ángel de paz, o me hinco...

- Ay D. Crisostomito... sí... no... yo no sé, piedad D. Crisóstomo...

Don Crisóstomo que se oyó llamar Crisostomito, y que había llegado hasta donde quería, le cobró un miedo a la doncellona, que trató de salir de aquel berengenal, terminando la comedia sin matrimonio contra las reglas clásicas; su buena ventura quiso venir en su auxilio y le presentó la favorable coyuntura de que entraba el padrino con el niño en los brazos y tras él, una falange de negritos y blanquitos mataperros entonando el juye que te juye, juye, Pepe: levantáronse todos a recibir el recién bautizado, menos Doña Desesperada que creyó a vueltas de aquella barahunda dar el golpe de gracia y hacer alarde de su conquista; pero D. Crisóstomo echó a rodar todos sus castillos de viento, siendo de los primeros, salvándose a modo de milagro del mortífero sí, que a manera de <sup>un</sup> culebrón vió ya descolgado de los labios de la doncellota.

Cuando se calmó el alboroto y repartió el padrino los medios, cada cual volvió a su puesto, y D. Crisóstomo se mezcló en un grupo de vírgenes de quince abriles para evitar las miradas de Doña Desesperada que a manera de requisitorias le perseguían. La exaltada doncella, estaba que no cabía en la silla; por una parte, el deseo de que aquel corderillo volviese a su redil, por otra los celos que le causaba verle expuesto a la influencia seductora de la juventud y la hermosura, la tenían tan desazonada que ponía lástima al que la viese presa de sus temores.

7

Cuando vió que era imposible pescar aquel lebrancho, y conoció que todo había sido una farsa, montó en ira, y buscó auxilio para vengarse del saudo amante; pero su venganza fué inútil, porque D. Crisóstomo se rió de sus ataques, haciendo el amor a una Chumbita de diez y seis, cuyos ojos negros esparcían muerte de amor en derredor suyo.

Doña Desesperada no escarmienta; en cuanto se presume que ha flechado a un prójimo, procura traerle al terreno de la declaración, y de ensayo en ensayo, de tentativa en tentativa, va entrando en años, pero no en desengaños; antójase<sup>le</sup> que todos los hombres que ve tienen de menos la costilla que a ella le sobra, pero todavía no ha encontrado su Adán.

No le han faltado partidos ventajosos, pero como ya tiene cuarenta años, los novios parece que temen el presupuesto que escrito lleva en toda la faz, y desertan porque temen que celebrado el connubio estén siempre compareciendo ante el ordinario.

Doña Desesperada para llenar las largas horas de su soltería, murmura de todo cuanto vé: tan pronto critica que la librea del conde de la Peluza tiene siete chivos en el escudo de armas, como se burla de la marquesita Poligama porque bautiza sus hijos por de legítimo matrimonio. Siempre halla algo que censurar en el traje de las jóvenes que aciertan a pasar por su calle; ya encuentra muy chorreados los crespos de Tula, ya muy recargada de adornos la elegante cabeza de Chickí, ora, muy pronunciada la nariz de Chucha o bien muy grande la boca de Adelina: es decir que para ella ni hay mujer bonita, ni hombre buen mozo: asomada unas veces y otras sentada en la ventana de su casa, corta vestidos a todo yente y viniente, y con eso parece que desahoga la bilis de su eterna soltería.

Sus malhadadas sobrinas, están siempre bajo el yugo de su vigilancia, y ya que ella no ha podido tomar por asalto un marido, procura que las pobrecillas se queden, para vestir santos, como a ella le ha sucedido: una de las sobrinas, la encantadora Angelita ha perdido dos matrimonios ventajosos por la influencia funesta de su avinagrada tía, que para conseguir su objeto no perdonó medio alguno hasta ensayar el anónimo.

El chisme es arma que maneja con una maestría que maravilla; siempre tiene ardiendo el barrio, y mas de una amistad verdadera ha sido destruída por este corre, ve y dile, con blusa blanca y zapatos amarillos: para llegar a su objeto, gasta una hipocresía refinada y no tiene empacho en estampar una docena de besos rechillados en las mejillas de una amiga a quien acababa de quitarle la piel.

Doña Desesperada se desvive por un velorio: apenas sabe que hay un enfermo en la vecindad, allí está ella de veinticinco alfileres, a guisa de conquistadora, porque no lo hace por cumplir con una obra de misericordia, sino por ver si pesca; y aunque no consiga su objeto, siempre pilla algún requiebro, que al fin es algo y mas vale algo que nada.

Doña Desesperada, no solo atormenta a sus prójimos sino a una caravana de avechuchos que tiene: es mujer que gasta perrillo de falda, cotorra y mono: ya hace desesperar al perrillo con lavatorios y peinados, o mortifica a la cótica, pidiéndole el piojo y la pata, o bien anda a vueltas con el mono, a quien festeja y dedica exquisitas atenciones, porque como termina en ono, y esto huele al género masculino, no puede ser por menos.

Pero donde la cuarentona ostenta su mal humor es en la toi-



9

lette: casi todos sus réditos los invierte en cosméticos y far-  
falaes, como medios de agradar y conseguir algún día sus matri-  
moniales intentos: Es una comedia verla todas las tardes persi-  
guiendo las canas que como es natural se van presentando en su  
cabeza, las cuales tan luego como las arranca las quema, porque  
ha oído decir que así se esquician: mas parece que lo hace Judas,  
porque donde se arranca una le salen veinte, de manera que se vé  
amenazada de quedar al postre tan limpia de cabellos como la -  
palma de la mano. No es menos cómico verla con el agua blanca  
a pleito para estirar el cútis que pérdida la tersura de los  
quince, vá presentando con indelebles señales el terrible nú-  
mero 40, en los graciosos pliegues llamados vulgarmente pié de  
gallo: concluído el enjabelgamiento delrostro, que por lo blanquea-  
do parece cara de muerto dada de cloruro, pasa a la sección de  
los lunares de quita y pon, verdaderos judios errantes que tan  
pronto están junto a las cejas, como al lado de la nariz, o en  
medio de la barba; trampas microscópicas que ella emplea para  
ver si cae algún zorro solterón en ellas. Despues que ha repar-  
tido la guardia de los lunarcitos, principia a vestirse, y a  
sudar por encerrar sus voluminosas formas en un corsé; toda la  
casa se pone en movimiento para resolver el problema de pren-  
sar aquel ballenato, privilegio que solo alcanza el portero,  
porque es un Maomut que se ha desarrollado herculeamente car-  
gando costales de trigo en las eras de su país. ¡Oh furor ma-  
trimonial, de cuánto eres capaz! Ya no le falta a la modistona  
mas que la camisita rabona, y prender una flor en sus cabellos,  
al lado izquierdo en señal de doncellez: este es un capítulo lar-  
go que le cuesta diez o doce pellizcos a la negrita Timotea y

10

una hora de consulta con el espejo y las sobrinas; despues de haber desechado un mar rojo de color de ante, y un mirasol muy hermoso, se decide por una flor de pitahaya, que le sienta, en su concepto, a las mil maravillas, y armada con el tremendo florón, sale con la dignidad de una Reina, a sentarse en la ventana, para ver si hay quien se mueva a sacarle del encantado castillo de su soltería, aun cuando sea tuerto, corcobado y cojo, que para marido basta que tenga las calidades de la ley de Partida.

Tal es, lectores míos, Doña Desesperada, y mutatis mutanda tales son y serán todas las solteronas habidas y por haber: la solterona se convierte al fin en beata; en este nuevo estado presenta caracteres muy distintos que la constituyen un tipo, que merece artículo aparte.

Quedarse para tía es cosa que depende las mas veces de las mismas mujeres: salvo los casos de fealdad que hacen de ella la personificación de uno de los preceptos del Decálogo. La solterona se queda para vestir santos, por orgullo, por necedad, y y las mas de las veces por coquetería; y viene a ser en la sociedad, lo que en el cuerpo humano las arrugas, que no herмосean y estorban. Hay algunas solteronas que por virtud de su temperamento linfático, son tan apacibles e inocentes como las cochinitillas, y hacen muy buenas tías por que de todo ha de haber en la viña del Señor, pero justo es confesar que son excepciones y pocas. Tres son las épocas de la mujer. A los quince, desprecia; a los veinte y cinco, escoge y a los treinta arrebatada; los cuarenta son las termópilas del Matrimonio. ¡Pobre de la que llega a ellas sin haberse marido, qué larga cosecha le es-

//

pera de aburrimiento y amargura! Y tendrá que armarse de una abnegación heroica para atravesar la vida sola y doncella, ostigada de punzadores deseos, y convidada a un inmenso festin en que no puede probar bocado, nulo en ella el santo germen de la maternidad que tan bellamente corona la encanecida y venerable cabeza de la Madre<sup>de</sup> familia en los últimos días de la existencia.

Vírgenes encantadoras, que desvanecidas por falaces ilusiones dejais escapar los sonrosados abriles de vuestra edad, la solterona es un espejo donde debeis miraros, para que no os abismeis en el precipicio de la soltería: vosotras venis a este mundo a llenar una misión santísima; rico venero de castos gozes será para vosotros la maternidad, y a la par que lleneis un precepto del Altísimo, cumplireis con un deber social alcanzando la ventura inefable de doblar vuestra existencia, en pro de la sociedad que os consagrará un homenaje de respeto, negado siempre a la estéril Solterona, que cruza este mundo sin dejar ni leve huella de su paso.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA